

## INVIERNO

Empezaba a tener frío. Me encontraba agazapado tras un arbusto, vigilando una madriguera cuando el tímido sol invernal se ocultaba tras las cumbres nevadas. El invierno se había adelantado y todo el bosque estaba cubierto por un manto de nieve virgen.

No se puede decir que a estas alturas tuviera el estómago vacío, ya que hacía tres días que la manada había encontrado un alce prácticamente intacto, congelado en el vado del arroyo. Pero se acercaba el invierno, y hay que cazar si quieres sobrevivir.

Había seguido el rastro de los conejos sobre la nieve, distinguiendo algunas huellas aquí y allá hasta llegar a su madriguera. Ahora, podía escuchar algunos movimientos cerca de la entrada, así que me sitúe en un costado, tras un arbusto, dispuesto a saltar en cualquier momento.

La luna llena, nívea y radiante, apareció en lo alto de un cielo oscuro, inmenso, plagado de millones de estrellas.

Hace poco que había oscurecido cuando una naricilla rodeada de unos largos bigotes se asomó por el agujero. Mis músculos se tensaron, contuve la respiración. El conejo dio un par de saltos y miró a su alrededor manteniéndose erguido. Cerré ligeramente los ojos, sabía que estos brillaban en la oscuridad y podía descubrirme. Era el momento, así que...auuuuuuuuuuuuuuuuu!!!

Un aullido desgarrador envolvió el bosque por lo que el conejo volvió inmediatamente a su escondrijo y yo supe que dormiría con el estómago vacío.

Pero eso no importaba ahora, porque un aullido podía significar muchas cosas, y la mayoría no eran buenas, así que empecé a correr hacia aquel sonido, que no cesaba, llenando la noche, mientras enmudecía el bosque a su paso.

A pesar de mi fino oído no fue hasta mitad de camino cuando noté algo raro en ese sonido, un matiz que no era usual, y entonces supe que, efectivamente, algo malo había sucedido.

Llegué jadeante hasta la cueva donde pasábamos el invierno, en la ladera sur de la montaña. Y fue entonces cuando lo vi. No era Alpha quien nos llamaba, sino Orión.

No me llevó más de un instante comprender que las cosas habían cambiado, y a pesar de que miré alrededor y lo busqué instintivamente, supe que no le vería.

Cuando Orión advirtió mi presencia caminó erguido hacia mí, con el pelo enhiesto, las orejas y la cola apuntando hacia arriba y enseñando ligeramente los dientes.

Ahora era él quien mandaba, la evidencia era innegable, así que agaché la cabeza, ladeándola ligeramente, bajé mis orejas y mi cola y lancé unos lengüetazos al aire. Orión estaba tan tenso que todo su cuerpo vibraba, lanzó una dentellada a mi cuello a pesar de que no me moví, dejando claro quién mandaba ahora.

No iba a retar a Orión. Hace tiempo, cuando Alpha perdió la vista del ojo derecho, todos supimos quien le sucedería como líder de la manada.

Cuando quedó satisfecho con mi sumisión se volvió y entró en la cueva, entonces, a mi lado, apareció Madre, sin expresión alguna, mirando la nieve bajo nuestras patas.

Miré a Madre buscando una explicación, pero solo agachó la cabeza y siguió su camino.

Aunque todos somos una familia, Alpha era mi padre, recordé que siempre me había tratado bien, había sido justo conmigo. Él me enseñó a cazar, a seguir un rastro, a esconderme, a aullar. Y ahora simplemente ya no estaba, y nunca regresaría.

Me sentía como aquella vez que resbalé y caí desde una roca, solo que ahora había quedado suspendido en el aire y no noté el choque del suelo. Sentí como el vacío me devoraba por dentro, llevándose una parte de mí. Oprimiendo mis pulmones, sin dejarme respirar el gélido aire de las noches invernales. Me sentía terriblemente solo.

El invierno es duro, la vida en la montaña es dura, nosotros, los lobos, no tenemos tiempo para lamentarnos ni gimotear. Somos fuertes, sobrevivimos el más duro invierno, damos caza a animales

que superan ocho veces nuestro peso. No mostramos piedad, no lloramos, así que alcé la cabeza, contemplé la luna llena, y aullé.

Despertamos antes del amanecer. Soñar es un regalo, vaciar la mente por un tiempo, sin pensar ni tener que hacer frente a lo que había ocurrido fue un alivio. Pero tras despertar recordé de nuevo y un golpe sordo me revolvió el estómago.

Ahora que Orión era el nuevo Alpha estaba impaciente por marcar con su olor los límites de nuestro territorio, por lo que nos pusimos en camino. Trotamos todo el día hacia el norte, solo parándonos cuando marcaba el terreno. Madre era la hembra Alpha, así que ella también marcó en varias ocasiones.

Comprendí que dentro de unas semanas todo olería como Orión, no quedaría ni rastro de Alpha para recordar, y eso me hizo echarlo aún más de menos.

Cuando el débil sol se puso el lo alto nos subimos a una colina y contemplamos el valle. A través de él llegaba una brisa desde el sur que olía a flores y hierba, el sur siempre olía a verano.

Sabíamos que los rebaños de alces, ciervos y bisontes pronto emigrarían al sur, todos los años seguían las mismas rutas, atravesando el valle en esta época. Pero no vimos huellas ni rastro de ninguno de ellos. Nada. Madre me miró preocupada.

Estábamos a punto de irnos cuando el viento cambió de dirección, y con él los olores. Fue un instante, pero olfateé un Uro, olfateé la sangre, teníamos una presa.

No moví un músculo hasta que Orión empezó la marcha, con un aullido agudo nos indicó que nos separásemos para encontrar el rastro. Cada uno salió corriendo en una dirección. Yo no era el más

fuerte, pero era rápido y tenía buen olfato, así que me rezagué, respiré profundamente y fui hacia el sur.

En el territorio de la manada había animales demasiado grandes para nosotros, pero eran bocados sustanciosos, así que periódicamente los acechábamos para comprobar si estaban heridos, débiles o enfermos. Podíamos detectar el olor a sangre, putrefacción, sufrimiento y desnutrición. Los Uros no se quedaban en la montaña durante el invierno, así que lo más probable es que tuviera problemas para caminar y se rezagase cuando su manada emigró en busca de los cálidos pastos.

Siguiendo el rastro del Uro nos adentramos en un espeso bosque, donde los árboles ocultaban prácticamente el sol, y todavía quedaban restos de suelo sin nieve. Una fina capa de hierba, prácticamente congelada y llena de frutos rodeaba el tronco de los árboles de mayor tamaño. Oisqueé por puro placer la hierba, olía a musgo, humedad, setas, a un ratón que había paseado por ahí y a ... Me asusté tanto que mi cuerpo se puso rígido, en tensión, y miré alrededor, escrutando las sombras del bosque.

Nunca había visto un Alto, y eran muy peligrosos cuando iban en grupo, Madre me había advertido muchas veces sobre ellos.

Agucé el oído, con las orejas enhiestas, y escuché atentamente. Había una pareja de aves, recogidas en una rama sobre mi cabeza que se daban calor mutuamente, unas ardillas, fuera de mi vista alimentándose, incluso me pareció escuchar a Cala, mi hermana, rastreando en dirección oeste. Y entonces lo escuché, unos arbustos moviéndose, varias ramas partidas, hacia el sur.

Sentía demasiada curiosidad, por lo que caminé cuidadosamente hasta que llegué a un claro, donde el suelo era de un verde intenso, contrastando con la blancura de la nieve que lo rodeaba. Se había formado una suave capa de hierba húmeda y musgo repleta de florecillas rosas y azules. En una

esquina había un charco y en sus bordes crecían unas plantas de olor dulzón. Y fue entonces cuando la vi, o más bien ella me vio a mi.

Agazapada tras un tronco, una hembra de Alto rebuscaba entre la hierba. Repentinamente alzó la cabeza y me miró a los ojos. Nunca otro habitante del bosque me había mirado de aquella manera. Sus ojos, profundos y marrones se parecían a los de Madre. Ni ella ni yo nos movimos, y permanecimos un tiempo mirándonos el uno al otro.

Era una hembra, lo sabía porque las hembras huelen con menos intensidad que los machos, como sucede en la mayoría de las especies. Su rostro no tenía pelo, ni sus manos, y estaba agachada. El resto de su cuerpo eran distintos animales, vi pelaje de conejo en sus patas traseras, y lana de un animal que no conocía cubriéndole el resto del cuerpo.

Me encontraba indeciso, sin saber que hacer. No parecía peligrosa y estaba seguro de que iba sola. Debía de estar ensimismado contemplándola, pues todavía, a día de hoy, no me explico como no escuché al Oso Cavernario tras la hembra.

Nada más verlo, salté hacia delante y caí en el centro del prado. La hembra rodeó el árbol sin levantarse, para ocultarse del animal.

No era un gran Oso, calculé que tendría menos de tres años, al igual que yo, seguro que acababa de abandonar a su madre y estaba buscando comida. Los Osos eran todo un misterio para mi, porque pasaba largas épocas sin verlos, en especial durante el invierno, para luego encontrarnos más de dos o tres en un solo día.

Cuando me vio enseñó los dientes y se apoyó en sus patas traseras para intimidarme con su estatura. Todo el pelo de mi cuerpo se erizó, agaché las orejas y enseñé los dientes mientras gruñía.

No huyó, sino que mostró sus dientes y olisqueó en busca de comida. Como no retrocedía, lancé una dentellada en su dirección. Así que volvió a apoyarse en sus cuatro patas y con un gimoteo

ronco giró sobre si mismo y desapareció entre los árboles, convencido de que no valía la pena arriesgarse.

Me relajé y mire alrededor buscando a la hembra, cuando descubrí un pedazo de carne bajo mi cuerpo. Tenía tanta hambre que lo tragué de un sola vez, y mi estómago rugió agradecido. Al momento vi como desde detrás de un tronco caía otro trozo de carne a mis pies. Lo engullí de nuevo y rodeé el árbol. Ahí estaba la hembra, temblorosa y con la cabeza agachada, mirándome desde el suelo.

Mentiría si no dijese que pensaba comérmela, era una presa fácil y no parecía que fuese a oponer resistencia. Pero ella se agachó aún más, desvió la mirada de mis ojos, y volvió a lanzar un trozo de carne, esta vez más lejos.

Mientras comía mi tercer bocado, pensaba en que debía hacer. La manada se alegraría por esta presa, pero teníamos un Uro enfermo cerca, que pesaba diez veces más que ella. Por otra parte, la forma en que me había mirado para luego mostrarse sumisa. Quizás no era un Alto, sino otra especie de lobo, o ¿cómo sino veía inteligencia en sus ojos?, ¿qué otro animal hubiese mostrado sumisión?

Estaba muy confuso, y como ella no se movía la empecé a olisquear. Además de oler a las pieles que llevaba encima olía a setas, flores, hierba, otros Altos y carne de la que me había ofrecido (¿tendría más escondida?, ¿de dónde la sacaba?). El pelaje que sobresalía de su cabeza era muy largo, y al olfatearlo pude detectar vestigios de humo en él.

Los Altos tenían fuego, tenían árboles unidos a piedras que lanzaban lejos y tenían una familia como la nuestra. Por eso eran fuertes y les temíamos. Pero la hembra estaba sola y asustada, igual que yo. Comprendí que no éramos muy diferentes, tanto ella como yo, solos en el bosque y lejos de nuestra familia, estábamos a merced del invierno y éramos presas fáciles.

Teníamos dos enemigos en común, el frío y los Osos, aunque nuestras formas de luchar contra ellos fuesen diferentes.

Decidí que no iba a atacarla, así que seguí mi camino, en busca del Uro. La deje allí, cuando me marché empezaba a temblar de frío. Noté como me seguía con la mirada cuando me perdí entre los árboles.

Pronto encontré el rastro de nuevo y mientras lo seguía topé con Cala y más tarde con Madre. Tuve miedo de que olieran que había estado con un Alto, y me sentí terriblemente culpable cuando Madre me echó una mirada seria y larga de las suyas.

Esa día cazamos, llevábamos cinco días sin probar bocado (excepto yo, claro) y nos abalanzamos sobre el animal desde los costados.

Apenas opuso resistencia, pues tenía una de las patas traseras cubierta de sangre y caminaba dando trompicones, ensuciando la nieve de una mezcla de sangre y barro. Intentó huir, pero solo consiguió hundirse más en la nieve.

Sus inmensos cuernos de punta afilada, no le sirvieron frente a una manada hambrienta. Se limitó a dejarse caer, exhausto, y murió en silencio mientras Orión le desgarraba la garganta.

Mientras moría le miré a los ojos, intentando ver algo de sentido en ellos, pero solo vi pánico y resignación. Cuando murió quedaron abiertos, fijos y opacos. Estaban vacíos, sin comprender. Su lengua amoratada colgaba de su boca.

Un reguero de sangre caliente y humeante cubrió la nieve a nuestro alrededor, y empezamos a comer con frenesí.

Como era la primera vez desde que Orión era el líder de la manada que nos alimentábamos se adueñó rápidamente de la presa y nos mostró sus dientes para mantenernos a raya. Cuando hubo engullido el hígado, los riñones y el corazón, con todo el hocico y las patas manchadas de sangre, se retiró al cuello del animal y dejó que Madre, que era la hembra Alpha comiese tranquila, ella solo

gruñó un par de veces a Sika, la segunda hembra mayor de la manada para dejar clara la jerarquía. Y cuando ellas hubieron terminado mis dos hermanos, Cala y Namé y yo nos deleitamos con lo que quedaba, que todavía era abundante, jugoso y permanecía caliente.

Para cuando estuvimos saciados apenas quedaba un cadáver reconocible. Y nuestro pelaje blanco y gris, cubierto de sangre reseca nos delataba a gran distancia.

Por eso nos alejamos, satisfechos, con el estómago lleno, para tumbarnos mientras digeríamos la comida y nos limpiábamos los unos a los otros.

Pronto nuestra presa sería el festín para otras criaturas, nada se desperdiciaba en el bosque.

Pasamos las siguientes semanas marcando el territorio. Pero solo vimos una manada de venados cruzar el valle, y aun así nos sentimos afortunados, ya que el verano había sido benigno, y tenían muchas crías con ello, saciamos nuestro apetito una ocasión más.

Pero cada vez veíamos menos presas, así que nos dedicamos a rastrear con la esperanza de encontrar algún animal de los que mueren enterrados en la nieve.

Nos separábamos con frecuencia, y en una de mis incursiones volví al claro donde me había enfrentado al Oso.

Ahora casi no se veía la hierba, y el charco se había congelado matando a las plantas que crecían en él. No quedaba gran rastro, por eso me sorprendió el olor a carne. Al momento pegué mi nariz al suelo y mi olfato me llevó hasta la esquina del árbol donde la hembra se había ocultado. Allí, cubierto por la nieve, había un trozo de carne envuelto en lana.

Me alimenté más despacio que la vez anterior, saboreando la carne. Esta vez me di cuenta de que no sabía como las presas que solíamos cazar, pues estaba impregnada de humo y no desprendía sangre cuando la masticaba. De todas formas me supo deliciosa.



Esperé en el claro hasta que anocheció, pues quería volver a verla. Pero no apareció.

Volví allí durante varios días, aguardando desde el amanecer hasta el anochecer cerca del prado, hasta que el quinto día apareció.

Sabía que era un Alto, pero nunca la había visto caminar erguida y me impresionó su altura. Aunque delgada, su cabeza se elevaba sobre la mía.

Cuando me vio se agachó y dejó caer de entre las pieles que la cubrían otro trozo de carne. Me acerqué lo más despacio que pude, considerando que llevaba cinco días sin comer y olfateé el aire para asegurarme de que estaba sola antes de masticar la carne frente a ella.

Cuando terminé todavía no se había movido, así que aproximándome más a ella la volví a olisquear. Esta vez no temblaba, y cuando terminé y me senté frente a ella alzó la vista y me miró fijamente a los ojos. Sus manos, sin vello, estaban apoyadas en el suelo y comenzaban a enrojecerse. Le di un lengüetazo en una de ellas, donde todavía quedaba sabor a carne.

Poco a poco, empezó a alzarla hacia mi rostro. No pude evitarlo y en cuanto me tocó salté instintivamente hacia atrás.

La hembra, paralizada, dejó la mano a media altura del suelo y agachó la mirada. Cauteloso, me acerqué y tras olfatearle la mano de nuevo la rocé con mi cabeza como Madre me acariciaba a mí.

Pronto empezó a deslizar su mano, temblorosa, suavemente por mi pelo. La pasó por mi cara, mi frente, mis orejas y la deslizó sobre mi cuello. Esto último me puso un poco nervioso, pues el cuello es una zona vulnerable.

Cuando su mano llegó a mi espalda la hundió bajo mi pelo hasta llegar a la piel.

Me gustó tanto esa sensación que rocé mi cabeza con la suya y giré sobre mi mismo para que me acariciase el otro lado.

Cada vez más confiada, puso sus dos manos a ambos lados de mi cara, y moviéndome la cabeza suavemente pegó mi frente a la suya y ambos cerramos los ojos.

No podía saber, por aquel entonces, lo importante que fue aquel día. Hasta ese momento, Altos y lobos estaban perdidos, sobreviviendo a duras penas en un mundo demasiado hostil. No podíamos imaginar lo mucho que nos necesitábamos los unos a los otros.

Tuve una vida más larga que el resto de los de mi especie, pues la hembra cuidó de mi hasta el día de mi muerte. Me alimentó, aunque ella pasó hambre ese invierno, cada pocos días se adentraba en el bosque y me traía carne.

La manada pronto lo supo, y aunque al principio se enfadaron, desconfiados, estaban tan hambrientos que se acostumbraron en seguida.

No puedo olvidar la cara de sorpresa que puso el día que me vio junto a mi familia. La noté asustada, pero manaba tranquilidad. Ella nos presentó poco a poco a su manada. Al principio todo eran hembras, pero luego vinieron los machos, y más tarde sus cachorros.

Cada vez pasábamos más tiempo juntos, y fue una sorpresa cuando cazamos junto a ellos. Después de que los hombres abatieron al animal que nosotros acorralamos nos dieron nuestra parte y se llevaron las patas a su cueva.

Espero que cuando el mundo cambie, y los inviernos sean largos y difíciles, podamos seguir contando con ellos como hasta ahora. Porque por separado eramos fuertes, pero ahora que estamos juntos, somos invencibles.

Sakura